



CUANDO VOLEMOS

Nada arranca tantos aplausos ni produce tanta satisfacción como el progreso. El hombre no exultaría porque se haga de fortuna, si es pobre, ó porque recupere la salud, si ha estado enfermo; pero háblenle ustedes de un descubrimiento importante, ó que lo parezca, y es seguro que en seguida exclamará con no disimulada alegría:

— ¡Qué progreso, amigo, qué progreso! También sucede acontecer que, como en términos absolutos nada es malo ni bueno, del susodicho acontecimiento empiezan bien pronto á decirse inconvenencias ó a murmurarse conceptos desdenosos, lo cual no obstante para que el entusiasta de antes siga erre que erre, creyendo en cuanto signifique adelanto ó mejoría de lo existente, sin mayores probanzas.

Si traemos á cuentas todo lo que por maravilloso se ha tenido desde que la humanidad ha empezado á sentirse inquieta y revolucionaria, acaso no salgan bien paradas las pretensiones conquistas de que se envanecen y glorían; y es así como al descubrir el reverso de la medalla nos ponemos regañanos y escépticos, pretendiendo, con justicia, que ni lo bueno es nuevo, ni lo nuevo es bueno, como no sea para llevarnos más de un morrocutudo chasco.

En finiquito, el volar, ó para ser más exactos, el que nos lleven por el aire en máquinas voladoras, podrá ser un signo más de progreso en el arte de renegar de cuento vehículo ha discurrido el ingenio masculino; y ya verán ustedes cómo lo que actualmente se nos antoja sublime ó mirifico, dentro de poco nos hará maldicir de quien tuvo la ocurrencia de ponérnoslo por los ojos, y á veces por las narices.

Cosas al parecer de muchas más campanillas han visto estupefactos y luego entusiasmados los hombres de esta época; y al cabo de un tiempo relativamente corto, ha llegado el hartazgo ó el miedo á tan grandes extremos, que lo inventado, quien lo inventó y además los que por cualquier circunstancia lo aplauden, caen envenenados en el mismo truenclento anatema.

No hablamos del teléfono: una conquista, un hallazgo estupendo, qué sé yo. Sin embargo, en el Diccionario no existen dierterios que no se le hayan espetado, y por mí, ya podrían ir suprimiéndolo. Al menos despedir de mujeres las oficinas encargadas de no servir al público.

Viene luego el grafófono, alarde indiscutible de un ingenio de muchísimos quilates. Sin quitar ni poner gloria sobre el nombre de su esclarecido inventor, nadie me negará que como fastidioso, no hay

aparato que le avanteje. Puesto al alcance de todo el mundo, no hay casa, por modesta que sea, donde no se le haga chillar todo el día, y en ocasiones toda la noche.

¡No podría reglamentarse su uso, para descanso de los nervios de más de un inofensivo habitante de la ciudad?

Lo que va á acontecer con los globos y aeroplanos, así que logren embarcar pasajeros, no me parece necesario encarecerlo, desde que ejemplos no faltan en su apoyo. A la antigua y pesada y cara diligencia, sucedieron los caminos de hierro, los convoyes veloces y baratos. Pero ¿habrá quien no maldiga de los ferrocarriles, donde, á decir verdad, no todo es cómodo e higiénico ni agradable?

A los tranvías de tracción animal reemplazaron los carroajes eléctricos, en los que sólo pueden ser animales los guardias y motoristas. Aparte de la inutilización de fusibles, de la suspensión de corrientes, de las paradas obligatorias y forzadas, hemos encontrado que de cien veces, noventa nos presta el mismo servicio que un balazo. De mí sé decir que son incontables los días que me he quedado sin almorzar... en casa de mis amigos, por culpa de este maravilloso sistema de viajar.

(Sí... hay que confesarlo, aunque me llamen retrógrado y cercopiteco. Más de una vez, á la bendita hora de la comida, he extrañado aquellos carrozatos pesados y un sí es no es sucios en que se trasladaba uno *antiguamente*, con acompañamiento de corneta y..., lo que no era corneta; pero con rapidez, sin peligro de la vida... y por ocho centavos!

Nos topamos, por fin, con el automóvil (es decir, no nos topamos, Dios nos libre), carroaje elegante, aligeró, arrojante como él solo, y arrollante también como ninguno, donde por pocuísimo dinero va uno como alma que lleva el diablo, y donde por ningún dinero va uno á dar con sus huesos en la Morgue.

Nadie ignora que desde la introducción de estas maravillas, la mortalidad ha aumentado considerablemente; y aun hay quien sostiene que su parte contraria, ó sean los nacimientos, disminuyen á ojos vistas, sin duda porque las señoras que se ven en la necesidad de usar de todos esos medios de locomoción, vienen en perpetua angustia... etc.

Este último punto lo aclarare el día menos pensado.

Llegará, como dejó dicho, la hora en que ya no habrá tranvías, ni carroajes, ni ferrocarriles, ni automóviles, gracias al incremento que tomarán los globos dirribles. Y lo estoy viendo; al principio todos querremos remontarnos, todos andaremos por las nubes; ya Icaro y sus huestes nos servirán para hacer chistes y pitoreanos de sus aventuras, hasta... sí, hasta que un buen día se detendrá la hélice ó se rasgará la tela, y descendaremos con tanta prisa, que, al llegar á tierra, ni nuestros acreedores nos podrán reconocer.

Y ahora, señores, ¿qué me dicen ustedes del progreso de marras?

En cuanto á mí, haré lo contrario de lo que hacen los diputados con las pensiones: no votaré nada en globo.

PATER.